

## IMPORTANCIA Y NECESIDAD DEL ESTUDIO

POR

ESTANISLAO CANTERO (\*)

¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué habéis venido desde toda España a pasar un fin de semana aquí reunidos? Porque tenemos una inquietud. Porque nos mueve un ideal. Queremos a nuestra patria España y la queremos tal cual ella es, es decir, tal como fue y debe volver a ser. Porque nos mueve un ideal católico y patriótico. No nos gusta ni estamos conformes con esa falsa imagen de España que hoy se nos presenta y en la que vivimos, a punto de romperse y fragmentarse, juguete en manos de no pocos políticos que quieren sojuzgarla en nombre de la democracia, como antaño lo hicieran otros «padres de la patria» en nombre de la libertad.

Por eso estamos aquí; porque queremos que España vuelva a su ser, a aquel espíritu y aquella entrega que la hizo grande. A aquellas instituciones en que aquél se plasmó y configuró a España (1).

Pero una inquietud, un desagrado por lo que soportamos, un ideal, ¿pueden ser suficientes? ¿Puede eso bastar para lograr la meta a la que aspiramos? Si sí o si no, y en qué sentido y medida, trataremos de verlo aquí. Me toca a mí hablaros so-

---

(\*) Conferencia pronunciada en el II Encuentro Nacional de Centros de Estudios, que con el tema *Afianzando la acción*, se celebró en Rascafría (Segovia), el 15-16 de octubre de 1983.

(1) Cfr. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, epílogo, BAC, Madrid, 1956, tomo II, págs. 1.192-1.196; «Brindis del Retiro», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, III, Obras Completas, VIII, CSIC, Madrid, 1941, págs. 385-386.

bre la importancia y la necesidad del estudio. Pues bien, de eso procuraré hablar.

Es evidente que el ideal es lo primero. Sin él todo lo demás cae por su base. Sin ideal no puede haber entrega y sin entrega a la causa no puede haber trabajo medianamente eficaz. Y el trabajo que nos proponemos, el trabajo que nos hemos propuesto ya, de lo que es testimonio nuestra presencia aquí, es el entregarnos a esa causa que tiene tan bello y sugestivo ideal.

Y en esta tarea, en esta lucha, en esta entrega a la causa, todos tenemos un puesto. Y hemos de encontrar y ocupar aquel que resulte más apropiado a nuestras aptitudes y a nuestra vocación. O aquel que sea preciso cubrir para tapar una brecha cuando las circunstancias obligan a ello.

No todos hemos de desempeñar el mismo papel, pero todos hemos de saber a conciencia el papel que desempeñemos. Si la labor quiere ser eficaz, nada debe dejarse, o debe dejarse lo menos posible, a la improvisación. O lo que es aún peor, que ni siquiera sepamos improvisar (2).

De ahí la importancia y la necesidad perentoria del estudio, para cualquier puesto que se tenga que ocupar. Máxime si se trata de círculos o centros de estudio cuya labor es primordialmente formativa (3).

En primer lugar, el estudio es necesario para poder precisar el ideal. ¿Qué es lo que queremos y qué es lo que rechazamos? ¿Y por qué? No basta con decir que queremos una España católica o una España grande y libre. Hay que saber, primero y para ello, por qué queremos eso y por qué rechazamos lo que rechazamos. Y en qué forma eso se puede lograr. Y hasta qué punto unas situaciones determinadas se ajustan o no al ideal que nos proponemos. Y qué cosas contribuyen a él y cuáles otras nos apartan del mismo.

---

(2) Sobre nuestra acción, ver Jean Ousset, *La acción*, Speiro, Madrid, 1969, y Luis María Sandoval, *Preparar la participación cívica*, CENSW, Madrid, 1982.

(3) Cfr. Luis María Sandoval, «Círculos y centros de estudio», en *Verbo*, núm. 203-204, marzo-abril de 1982.

El patriotismo no consiste tan sólo en el amor a la tierra, es mucho más que eso. Decir que amamos a España y que por eso somos patriotas o que somos patriotas porque amamos a España, no es decir nada si por España se entiende tan sólo un territorio con unas fronteras, o sin tan sólo se entiende el lugar en que vivimos. El patriotismo es, también, y sobre todo, amor a la historia de la patria, amor a los antepasados que la forjaron y a la tradición que la configuró y la hizo posible. Pero, fijémonos bien, a la tradición que la hizo posible, y no a la «pequeña tradición» que la quiere convertir en otra cosa, falsa tradición que combaté los caracteres esenciales de la patria y reniega y rechaza lo que le dio su ser (4).

Y ese patriotismo, para serlo realmente, ¿de dónde sacará sus fuerzas? El patriotismo se nutre en el sentimiento y en la razón. El sentimiento por sí solo no basta. El romanticismo, movimiento disgregador y nocivo, que según Maurras está en la raíz de la democracia, colocaba al sentimiento como guía y director, usurpando las funciones de dirigir y conducir que corresponden a la razón, a la inteligencia. Por eso, Maurras lo combatía, no por rechazar el sentimiento, la sensibilidad, sino por elevarlo a un rango que no le corresponde. Porque el hombre no es sólo instinto como los animales; de ahí que haya de someterse a la razón que es la característica del hombre (5).

Así, pues, el patriotismo exige conocer a la patria que amamos. Condición esencial para saber qué es lo que amamos y por qué lo amamos. Para conocer nuestra tradición y poder distinguirla de la «pequeña tradición» liberal, de la falsa tradición. Y, para ello, es preciso estudiar, saber con precisión y hasta sus últimos fundamentos. Sobre todo porque la bandera

---

(4) Sobre Patria y Nación, Jean Ousset, *Patria, Nación, Estado*, Speiro, Madrid, 1965; Andrés Gamba, «Nación y nacionalismo», en *Verbo*, número 126-127, junio-agosto de 1974.

(5) Cfr. Jean de Fabrègues, *Charles Maurras et son Action Française*, Librairie Académique Perrin, París, 1966, págs. 166-169. Sobre este concepto de romanticismo, Eugenio Vegas Latapie, *Romanticismo y democracia*, Cultura Española, Santander, 1938, en especial, págs. 9-51.

la alzamos nosotros, una bandera que no es nueva, sino que es la de nuestros antepasados, la de la tradición (6), y la alzamos no para seguir a otros, sino para que otros nos sigan, si no a nuestras personas al menos a nuestras ideas, una vez que con razones incontrovertibles se hayan convertido a ellas.

Con frecuencia se ha dicho y lo hemos oído en más de una ocasión, que es tiempo de actuar; que es preciso pasar a la acción; que hay que hacer algo ante una situación que nos parece gravísima y que ciertamente lo es.

Y es cierto, algo hay que hacer. Pero ese quehacer, ¿puede ser un mero hacer, un activismo? Este, con frecuencia, puede resultar una cómoda vía de escape a tareas más importantes y más acuciantes que ese «actuar» que se nos presenta como perentorio.

En efecto, de un lado, esa llamada a la acción, ese «actuar», resulta conducir a un fracaso total o a una inactividad final, es decir, a una vía muerta cuando nos damos cuenta de que esa acción agota nuestras fuerzas en sí misma, que nada se ha logrado. Haciendo balance, podríamos decir que, al cabo, nada se ha conseguido. Y no se ha conseguido nada porque se gastó la pólvora en salvas; porque se hizo lo que no se debía hacer; porque no se meditó previamente qué es lo que había que hacer. Y, por otra parte, ese actuar, ese «activismo» produjo, además, el desánimo, el cansancio, la falta de esperanza o la renuncia a cualquier otra labor, cuando no condujo al campo contrario que, en un principio, cuando se comenzó a actuar, se pretendía combatir.

¿Es la hora de la acción? Sí. En eso estamos de acuerdo. Pero, ¿qué es lo que hay que hacer?

Ese algo que hay que hacer incluye también el estudio. Estudiar no es solamente una actitud pasiva, no es perder el tiempo. Al contrario, es ganar tiempo, porque el estudio es el fun-

---

(6) Cfr. José Antonio Primo de Rivera, «Discurso fundacional de Falange Española», en *Acción Española*, 89, Antología, Burgos, marzo de 1937, con el título *Una bandera que se alza*, y Víctor Pradera, *¿Bandera que se alza?*, págs. 172-179 y 210-218, respectivamente.

damento de la acción. El hombre, cuando estudia, hace algo muy importante: aprende, se forma, enseña. Aprende a querer a su patria, a conocerla. A saber su historia y las doctrinas e ideas que la configuraron y forman parte de su ser. Y se forma, adquiriendo los conocimientos básicos que posibilitarán todo su comportamiento futuro ordenado y eficaz. Y enseña a los demás colaborando en su formación y en su aprendizaje. Y esto es esencial.

Con frecuencia se suele contraponer contemplación y acción, como si ambas estuvieran refuidas, como si el estudio paralizara la acción o la acción imposibilitara el estudio. Nada más falso. Como señala Vallet de Goytisolo, «contemplación y acción, en algunas perspectivas, nos son presentadas como contrapuestas y antitéticas. Sin embargo, no hay entre ellas una antítesis dialéctica sino una complementariedad. Forman un binomio, en el cual cada elemento contribuye a extender y fortalecer al otro, aun cuando para esta transfusión de savia vital se requiera una prioridad, no sólo cronológica sino también ontológica de la contemplación» (7).

Es decir, no cabe acción constructiva, eficaz, sin el estudio previo que sea fundamento de ella. «Contemplación y acción —escribía Sciacca— no se excluyen, se complementan. Mejor aún, la contemplación es el fundamento necesario de la acción. Quien se para para ver o contemplar, quien ha visto, sabe: si no sabe, si no contempla, ¿que hace? No hace, deshace o hace más de lo necesario. El hacer sin el contemplar nunca es verdadero hacer sino destruir» (8).

Eugenio Vegas, por su parte, tras señalar los males de una política realizada por los partidos no revolucionarios que no supieron combatir el mal en su raíz, trazaba la relación que existe

(7) Juan Vallet de Goytisolo, «Del legislar como *legere* al legislar como *facere*», en el volumen *Contemplación y acción*, Speiro, Madrid, 1975, o en *Verbo*, núm. 115-116 (1973), pág. 507.

(8) Michele Federico Sciacca, «La contemplación como fundamento del saber», en el volumen *Contemplación y acción*, Speiro, Madrid, 1975, páginas 17-18, o en *Verbo*, núm. 113 (1973), págs. 231-232.

entre doctrina y acción, cuando, en febrero de 1936, escribía: «Hay algo más que hacer que hablar y exponerse inconscientemente a morir en una convulsión social. Hay un deber de prestación personal que obliga a poner a contribución diaria la inteligencia y el brazo y la alcancía. Y hay una misión de sacrificio que cumplir, que un día cualquiera puede exigirnos la vida, a la par heroica y razonablemente». Y, tras estas palabras, añadía: «Hace falta saber lo que se ha de creer y lo que se ha de obrar. El entusiasmo no suple a la inteligencia. El entusiasmo por sí solo es potencia ciega, estéril o contraproducente, si no va encauzado por el conocimiento de lo que debe perseguir y de los medios para lograrlo» (9). Conocimiento que sólo con el estudio se puede adquirir. Acción que ha de fundamentarse en una doctrina.

El mismo Eugenio Vegas lo ha repetido con frecuencia: «Al lado de la doctrina hace falta la acción. La una es complemento de la otra. Acción sin doctrina vale como edificar en arena. Doctrina sin acción es un levantar castillos en el aire. Es necesario que la inteligencia nos enseñe la verdad para que la voluntad la realice. ¡Acción! ¡Hay que actuar! Ante los males de la religión y de la patria, a nadie es lícito permanecer ocioso. Pero no basta actuar, hay que hacer obras útiles. Por lo que es indispensable, antes de actuar, saber con precisión qué es lo que se debe hacer» (10).

Así, pues, si la hora de la acción ha llegado, si hay que actuar, es preciso determinar por dónde debe comenzar esa acción.

Toda acción humana, para construir algo, para ser eficaz —y nosotros pretendemos que la nuestra lo sea—, necesita ser pensada, planeada, proyectada. El edificio, aunque a la vista comienza cuando se van colocando los cimientos, en realidad ha comenzado antes, cuando el arquitecto realiza el proyecto. Y,

(9) Eugenio Vegas Latapie, *Escritos políticos*, Cultura Española, Madrid, 1940, pág. 197.

(10) Eugenio Vegas Latapie, *Escritos políticos*, Cultura Española, Madrid, 1940, pág. 45, o en *Verbo*, núm. 148-149, octubre-noviembre de 1976, pág. 1.032.

aun antes, cuando el futuro arquitecto comienza sus estudios. Y lo mismo podría decirse de las demás personas que colaboran en la construcción de la casa. Igualmente, la victoria de un ejército concluye en el campo de batalla; pero ha comenzado mucho antes, en la preparación de ese ejército y en los planes del Estado Mayor. De ahí la importancia de la buena formación y preparación de un Estado Mayor. El mejor general y el mejor ejército que lo sean teóricamente en el campo de batalla, fracasan si, pese a su valor, decisión y empuje, ejecutan unos planes mal elaborados o desastrosos.

Además, esa acción que decimos que tiene que ser pensada, planeada, proyectada, ha de serlo con racionalidad, con inteligencia. No basta con pararse a pensar o a planear o proyectar cosas si faltan los fundamentos que permitan que esa tarea pueda de verdad realizarse. El ingeniero puede meditar durante horas y horas, planear con todo cuidado cómo va ha realizar una intervención quirúrgica. No por ello el fracaso será menor que si no la hubiera meditado. Del mismo modo el médico puede pensar y pensar acerca de cómo debe ser un avión y hasta dibujar un plano precioso. A nadie se le ocurriría que dicho avión fuera viable.

Por ello, la acción tiene que comenzar en el estudio. Un estudio racional, sistemático, planeado. Y de la diversificación de ese estudio nacerán los diversos saberes prácticos, adecuados a cada tipo de acción que se quiera realizar. Estudio, por consiguiente, a la medida de las personas. Desde los puntos básicos y fundamentales hasta el carácter exhaustivo de una cuestión cuando ello sea preciso. Y estudio, también, dirigido a la fundamentación de las acciones que queramos emprender.

Y nada más alejado de la realidad que pensar que con ello se pierde el tiempo. Nada más erróneo, improductivo y peligroso que rechazar el estudio, por pensar que para nada «sirve» sentarse a «perder el tiempo». Habría que preguntar a cuantos piensan de esa manera qué es lo que ellos «hacen». Qué es lo que ellos han realizado en bien de la causa. ¿Algo efectivo, du-

radero, serio, verdadero? O, por el contrario, ¿algo efímero, impreciso, que como humo se desvaneció en el aire?

Antes decía que el estudio, lejos de perder el tiempo, era ganar tiempo. En efecto, toda obra humana se desarrolla con más rapidez y precisión cuanto más preparado está el que la ejecuta, cuando a la hora de realizarla —que es el momento de la acción propiamente dicha— menos ha de detenerse a pensarla o a prepararse para poder iniciarla o continuarla. El estudio permite ganar tiempo cuando el momento de la acción ha llegado. En ese momento se está preparado para ejecutar la acción sin pérdida de tiempo, porque ésta surge con naturalidad y adecuadamente al objeto que se propone. Lo contrario sí es perder el tiempo, y una pérdida de tiempo que, normalmente, no perdona. Una pérdida de tiempo que hace estéril la acción, porque no se sabe qué es lo que hay que hacer, aun cuando se sepa qué es lo que se quiere conseguir. Un infarto de miocardio no puede esperar a que el médico estudie en tal momento qué es lo que debe hacer. Del mismo modo, el que quiera poner remedio a un mal social no puede esperar cuándo tiene que poner remedio a él, a estudiar cuál es la causa de ese mal y dónde se encuentra su remedio. Ha de saberlo previamente para que, cuando la ocasión se presente, sepa realizar la operación curativa, sepa dónde está la solución a esos males.

Después de cuarenta años nos encontramos con una victoria frustrada, con una victoria perdida. Y todo, o casi todo, está de nuevo por hacer. ¿Por qué? ¿Cómo es eso posible?

Algunos pensarán que por falta de ideal. Puede ser. Pero, en cualquier caso, los ideales se sustentan en realidades. Es la realidad de las cosas la que fundamenta nuestros ideales. Si tenemos un ideal católico para España, si somos católicos es por que hay una realidad que es Dios y hay una realidad que es la religión católica. Y si tenemos un ideal patriótico y español es porque hay una realidad que es España. La eficacia y el valor de los ideales han de contrastarse con la vida y de esa confrontación han de salir triunfales, logrando su plasmación en cosas concretas en la sociedad. Cuando no ocurre esto, cuando un ideal



verdadero, cual fue el que dio origen al 18 de julio, con el paso del tiempo no ha logrado triunfar es, o bien a causa de que el ideal no era sentido, porque no significaba nada o porque se le abandona —en cuyo caso se puede hablar de traición—, o bien a causa de que, aun siendo sentido, no era vivido, no era vivo. Es decir, carecía de fundamento en aquellos que decían profesarlo y servirlo. Le faltaba algo esencial al propio ideal para que éste moviera la voluntad en pro de su consecución, que es «saberlo», es decir, conocerlo y con ello poder mantenerlo, poder amarlo, poder y saber realizarlo. En definitiva, saber en qué consiste ese ideal, a qué obliga, cómo se le puede poner en práctica, cuáles son las exigencias que comporta y qué cosas deben ser rechazadas y prohibidas.

Esta victoria perdida debe servirnos de ejemplo de que el estudio es necesario y primordial y de cuál es el fundamento de la acción. Constituye un claro ejemplo de la importancia del combate doctrinal, de la importancia de la doctrina, de su conocimiento y difusión, porque cuando no se tiene en cuenta o se abandona, cae el edificio. Valdeiglesias lo señaló en sus memorias al decir que «nuestro Estado nacional sindicalista ha sido, sobre todo, un Estado pragmático, mucho más preocupado de las realizaciones concretas que de las especulaciones doctrinales» (11), indicando que «el abandono del terreno de las ideas al enemigo vencido... ha sido la característica de nuestro régimen» (12).

«Son las ideas las que conducen al mundo: a su prosperidad, si son verdaderas; a la catástrofe, si son falsas», escribió Víctor Pradera (13), expresando de ese modo una verdad que ha sido repetida por el tradicionalismo y la contrarrevolución, pero que muchas veces es echada en saco roto. Porque de nada sirven unas pocas ideas, mal digeridas, sin contenido y sin con-

(11) José Ignacio Escobar, Marqués de Valdeiglesias, *Así empezó*, G. del Toro, Madrid, 1975, 2.ª ed., pág. 331.

(12) *Ibid.*, pág. 340; cfr. págs. 175-187 y 325-340.

(13) Víctor Pradera, *El Estado nuevo*, Cultura Española, Madrid, 1941, 3.ª ed., pág. 21.

tornos precisos, lanzadas al viento y que el viento se encarga de deshacer. Esas ideas han de ser sólidas y han de calar, han de enraizarse para poder dar frutos. Sin ello, toda acción será imposible, ineficaz o malsana.

Tenemos ejemplos de ello. ¡Cuántos han llegado al bando progresista o filomarxista o democrático que emprendieron el camino con buenos ideales! Al menos en su intención. Y, al cabo, finalizaron, quizá sin percibirse de ello, en las filas del campo contrario. Un Lamennais, primero campeón del ultramontanismo y que, al final, terminó su vida en el campo del liberalismo y de la democracia fuera de la Iglesia (14). Un Marc Sangnier, que partió con el ánimo de recristianizar la sociedad y acabó en el campo del liberalismo y de la democracia, siendo condenado por Roma (15). O un hoy llamado partido carlista, que de esto sólo tiene el nombre, y en cuyas filas, sin duda, han ido a parar gentes de excelentes intenciones. O algunos grupúsculos denominados falangistas. O monárquicos de muy buenos deseos que han terminado por coronar a la democracia.

Ejemplos todos ellos de que las buenas intenciones, los buenos deseos no bastan. Es preciso tener ideas y éstas han de ser verdaderas. Así se lo ponía de manifiesto Maurras a Marc Sangnier en famosa polémica, cuando frente a la «fe» de Marc Sangnier, Maurras le replicaba que los buenos sentimientos, los buenos deseos y un ideal no bastan para construir, establecer y perpetuar el orden social, porque es preciso que las ideas que los alientan sean verdaderas y tener en cuenta las lecciones del pasado y la realidad presente, la naturaleza y la historia (16).

En cambio, si tomamos el ejemplo de una obra que debe

---

(14) Cfr. Andrés Gamba, «Los católicos y la democracia», en el volumen *Los católicos y la acción política*, Speiro, Madrid, 1982.

(15) Cfr. A. Gamba, *op. ult. cit.*, Charles Maurras, «Le dilemme de Marc Sangnier», en *La démocratie religieuse*, Nouvelles Editions Latines, París, 1978; Jean de Fabrègues, *Le Sillon de Marc Sangnier*, Librairie Académique Perrin, París, 1964.

(16) C. Maurras, *op. ult. cit.*

servirnos de estímulo, *La Acción Francesa* (17), toda su fuerza radicaba en las ideas; en demostrar racionalmente, científicamente, por medio de pruebas incontrovertibles, fruto del estudio, dónde residían los males de Francia y dónde se encontraban las soluciones frente a ellos. Se podrá argüir que *La Acción Francesa*, pese a todo, no consiguió el poder, ni consiguió el restablecimiento de la monarquía tradicional, antiparlamentaria y descentralizada, que era lo que pretendía. Es cierto. Pero también es cierto y no se puede olvidar, que tampoco consiguió el poder ningún otro grupo de la «derecha». Y *La Acción Francesa* estuvo a punto de conseguirlo; mejo dicho, pudo conseguirlo la noche del 6 de febrero de 1934, durante los desórdenes, las protestas y el cerco a que estaba sometida la República a consecuencia del «asunto» Stavisky. Muchos le reprocharon a Maurras, sobre todo los activistas —desconociendo que si algo faltó no fue precisamente Maurras—, el no haber dado el paso definitivo cuando el golpe de fuerza era posible. Y abandonaron las filas de *La Acción Francesa* para formar otros grupos de acción que, al final, no sirvieron sino para disminuir la fuerza de *La Acción Francesa* y, por ello, de la causa que pretendían defender o para terminar colaborando con el invasor alemán. Y, desde luego, no se puede olvidar que *La Acción Francesa* constituyó el núcleo formativo de dos generaciones de franceses que se opusieron con toda su alma a la revolución, y se pudo llegar a afirmar que la inteligencia, la vida intelectual se habían pasado a las filas de *La Acción Francesa*. Lo que, ciertamente, no es poco.

Tomemos, aún, otro ejemplo, el de *Acción Española* (18),

---

(17) Cfr. Charles Maurras, *Au signe de Flore*, Les Œuvres Représentatives, París, 1931; Robert Havard de la Montagne, *Histoire de L'Action Française*, Amiot-Dumont, París, 1950; Jean de Fabrègues, *Charles Maurras et son Action Française*, Librairie Académique Perrin, París, 1966; Albert, Marty, *L'Action Française racontée par elle-même*, Nouvelles Editions Latines, París, 1968.

(18) Cfr. Eugenio Vegas Latapie, *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983; Javier Badía, «Acción Española: una aproximación histórico-ideológica», en *Verbo*,

que si tuvo vida temporal efímera en cuanto revista y sociedad, pues se extendió de diciembre de 1931 a julio de 1936, y de la que en 1937 Franco escribió que «representó, en el transcurso de los últimos años, el refugio donde encontraron asilo los esforzados paladines de la inteligencia puesta al servicio de la Patria» (19), su importancia doctrinal e intelectual en el nacimiento del 18 de julio fue grandísima, tanto por señalar cuáles eran los males que padecía España y dónde estaban sus causas, como por señalar cuáles eran los principios básicos en los que se encontraría remedio.

Por consiguiente, si las ideas verdaderas son las que conducen al mundo, ¿cómo se logra hacer que las buenas ideas, las ideas verdaderas calen? En primer lugar, y como base fundamental, sabiendo con precisión cuáles son las buenas ideas y cuáles no lo son. Para ello hace falta el estudio que nos capacita para saber por qué son buenas, por qué son verdaderas. ¿Cómo vamos a lograr que echen raíces e imperen si no somos capaces de demostrar su bondad y su virtualidad? Maurras decía que la bondad de la Monarquía se demostraba como un teorema y que la democracia no era más que una idea falsa (20). No era una afirmación sentimental, sino una verdad a la que había llegado tras un método empírico y el estudio de la realidad y de la historia.

¿Y cómo vamos a poder difundir esas ideas con un mínimo de rigor y de coherencia si las desconocemos? Tomemos otro ejemplo: el de las autonomías (21). ¿Cuántos, hoy, en el campo de la «derecha», o en el campo «nacional» son hoy partida-

---

núm. 217-218, julio-septiembre de 1983; F. J. Fernández de la Cigüña, «Acción Española y el franquismo», en *Verbo*, núm. 229-230, octubre-diciembre de 1984.

(19) Francisco Franco Bahamonde, autógrafo en *Acción Española*, 89, Antología, pág. 19.

(20) Charles Maurras, *De Démos a César*, Du Capitole, París, 1930, vol. I, págs. 42-43; *Les Princes des Nuées*, Tallandier, París, 1928, páginas 64, 184.

(21) Cfr. Miguel Ayuso, «La evolución ideológica en torno al centralismo», en *Verbo*, núm. 215-216, mayo-junio de 1983.

rios de las autonomías? Y la bandera de las autonomías es una bandera tradicionalista y contrarrevolucionaria. Lo que ocurre es que hemos perdido el significado de las palabras, ya no sabemos que es lo que expresa la palabra autonomía y, ante una izquierda que alza esa bandera, trastrocando el sentido de esa palabra, consideramos nuestra obligación abominar de las autonomías. Y estaría bien si ese rechazo se refiriera al gato por liebre que no están dando y, reivindicáramos, al mismo tiempo, las verdaderas y auténticas autonomías. Ocurre lo mismo que antes ocurrió con la libertad, que como bandera fuealzada por la Revolución, pero con un significado bien diverso al genuino de la libertad, arrastrando en su movimiento a algunos que habiendo perdido el ejercicio de sus libertades concretas por un centralismo borbónico, y que creyeron que la libertad de la Revolución era el retorno de sus libertades perdidas.

Y por no saber deslindar las cosas, por no saber dónde se encuentra la verdad y desconocer la realidad, por no saber, en definitiva, en qué consiste la autonomía, por no haber estudiado, podría ocurrir, bien que rechazáramos toda autonomía, haciéndonos de esa manera defensores a ultranza del centralismo, con lo que caeríamos en el campo de la revolución o, que, por aceptar que la autonomía es buena, porque la defendieron antes que nosotros nuestros antepasados contrarrevolucionarios y tradicionalistas, acabáramos defendiendo las autonomías que hoy nos proponen, como antaño por defender la libertad los borbonos acabaron en el campo de la Revolución, debido al equívoco formado en torno a la palabra libertad (22).

Para evitar todas estas cosas no hay más remedio que dedicarse a estudiar; dedicarse, es decir, entregarse al estudio de aquellas cuestiones vitales para nuestro objetivo. Sólo de este modo será posible que las buenas ideas calen, arraiguen, se hagan vida. Así, pues, una formación básica nos dará los elementos necesarios para tener algunas buenas ideas, algunas ideas ver-

---

(22) Cfr. Francisco Elías de Tejada, *El Franco-Condado hispánico*, Jurra, Sevilla, 1975, 2.ª ed., págs. 190-197.

daderas. Pero ello no es suficiente. Antes decía que, por desgracia, todo o casi todo está por hacer. Hoy está de moda hacer referencia a la herencia recibida para justificar los propios fracasos y la propia incapacidad. Pero, los que aluden a ella, no tienen derecho a quejarse, porque han recibido la herencia en las mejores condiciones para ellos. El ambiente, las instituciones, la falta de formación, el materialismo y la idolatría de sí mismo, todo está a su favor. Nosotros, en cambio, sí podemos decir que nuestra herencia es parca. Parca, como decía antes, en cuanto que todo o casi todo está por hacer. Pero grande si nos consideramos, como lo somos, herederos de la única tradición que vale, de la única tradición que cuenta: la de la España católica, tradicional, contrarrevolucionaria y misionera, fundadora de civilización, cultura y progreso (23).

Por ello, sintiéndonos nuevos conquistadores y nuevos misioneros, hemos de edificar y reedificar casi todo el edificio. Para ello es necesario, también, saber cuáles son los problemas concretos y cuáles sus soluciones. Y, para ello, es preciso el estudio. Un estudio aplicado a cuestiones más específicas que aquel que se refiere a los grandes principios. Es cierto que éstos son fundamentales. Pero no son suficientes. Si mañana tuvierais el poder, un mañana tan próximo como el día siguiente a hoy, ¿qué haríais? ¿Cómo gobernaríais?

La buena voluntad y los buenos deseos no bastan. Tenemos el ejemplo de muchas repúblicas hispanoamericanas que, periódicamente, como un péndulo, van de un lado a otro. Aun en el supuesto de lograr cambiar el sistema, es decir, de abolir la democracia, hay que resolver muchos problemas de toda índole: económicos, industriales, educativos, etc. Y, sobre todo, lograr la victoria en el ámbito de las ideas que harán posible el retorno al orden social, de tal modo que haga parecer a nuestros descendientes que la revolución, la democracia, no fue más que

---

(23) Cfr. Rafael Gamba, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, Sala, Madrid, 1973, 2.ª ed.; Francisco Elías de Tejada, *La monarquía tradicional*, Rialp, Madrid, 1954.

un paréntesis en nuestra historia; una pesadilla que desapareció al concluir los sueños.

Porque frente a lo que algunos pudieran pensar, el problema no es un problema de «orden público», sino de orden social. Es este el que está a punto de naufragar en medio de la tempestad levantada por la modernidad. Y si bien nada más lejos de nosotros que pensar que la violencia es mala, «venga de donde venga», pues creemos que hay violencia buena, necesaria para restablecer el orden social y conservarlo, no es menos cierto que la violencia, la fuerza, por sí sola no basta; es insuficiente (24).

Y la historia lo confirma plenamente. Así, por ejemplo, Donoso Cortés, en un famoso discurso, el 4 de enero de 1849, justificó y defendió los poderes especiales de la dictadura de Narváez (25). Pero dos años después, el 30 de diciembre de 1850, la condenó. Como él mismo explicó, lejos de restablecer el orden, contribuyó al desorden (26). Faltó saber qué es lo que había que hacer, qué había que defender y cómo había que hacerlo.

Y algo parecido se volvió a repetir con Primo de Rivera. Dos años después viene la República y, con ella, la revolución. Había faltado una labor efectiva, sobre todo en el plano intelectual, dirigida a restablecer el orden social verdadero (27). Lo que nos indica que la sola fuerza no basta; es necesaria una formación que guíe la acción. Saber que esa fuerza, aun ejercida en servicio del orden y con medios legítimos, no puede limitarse a sí misma. Saber que la batalla es, sobre todo, doctrinal,

(24) Cfr. Estanislao Cantero, «Fortaleza y violencia», en el volumen *Contemplación y acción*, Speiro, Madrid, 1975, o en *Verbo*, núm. 114, abril de 1973.

(25) Juan Donoso Cortés, «Discurso sobre la dictadura», en *Obras completas*, BAC, Madrid, 1970, vol. II, o en *Verbo*, núm. 8 (1962).

(26) Juan Donoso Cortés, «Discurso sobre la situación de España», en *Obras completas*, II, o en *Verbo*, núm. 12 (1963).

(27) Cfr. Eugenio Vegas Latapie, «La causa del mal», en *Escritos políticos*, ed. cit., págs. 205-206, o en *Verbo*, núm. 145-146, mayo-julio de 1976, págs. 599-600.

que son las ideas, falsas o verdaderas, las que a la postre decidirán la cuestión.

Así, si volvemos a la historia de Francia, en la noche del 27 de enero de 1889, tras ser elegido, en París, diputado por 244.000 votos frente a 162.000 del candidato oficial, el general Boulanger estuvo a punto también para tomar el poder. La opinión pública francesa le seguía, el gobierno estaba prácticamente rendido, entregado. No había más que tomarlo, dar un paso final para hacerse con él, tranquilamente, sin oposición, sin derramamiento alguno de sangre y entre las aclamaciones de la multitud que gritaba: ¡Al Elíseo, al Elíseo! Pero, ¡ah!, el boulangismo era un gigante con pies de barro. Se carecía de doctrina que justificara el paso final. El que la multitud pedía a gritos. Pero no se hizo nada. Boulanger no se movió. Y tuvo que salir de Francia camino del exilio (28).

Análogamente, constituida en Francia la «Liga de la Patria Francesa», en la que se agruparon miles de franceses eminentes, uno de sus fundadores señalaba. «Ahora, para utilizar todo esto harían falta ideas» (29). De esa carencia de ideas, poco después, nacía la revista *Acción Francesa*.

Y es que la restauración del orden social no es sólo un problema de fuerza o de violencia, sino de saber hacer. Es decir, hay que saber que hay que combatir las causas y no sólo los efectos y, para ello, es preciso saber cuáles son esas causas y por qué producen esos efectos, lo que es tarea de la inteligencia, de la formación; en una palabra, del estudio.

Los errores más que los vicios son los que corrompen a los pueblos, ha repetido con frecuencia Eugenio Vegas, haciendo suya la frase de Le Play. La Revolución, la democracia, el socialismo, avanzan principalmente gracias al error que se ha introducido en la mente humana. De ahí que sea necesaria una

(28) Cfr. Notas preliminares a la traducción española de *Encuesta sobre la Monarquía*, de Maurras, Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1935, págs. xviii-xxv; Jacques Bainville, *La Tercera República Francesa*, Doncel, Madrid, 1975, págs. 93-111.

(29) Cfr. C. Maurras, *Au signe de Flore*, ed. cit., pág. 102.



labor formativa, sin la cual no es posible combatirla, tanto para evitar nuestra propia contaminación, como para procurar la descontaminación de los demás, tarea previa para conocer la verdad.

Nuestros círculos y centros de estudio no son la respuesta a todos esos problemas. Pero son una respuesta. Una parte de la respuesta. Por ello tenemos que ser conscientes de su importancia y de su valor. De su buen funcionamiento y de su misión, verdaderamente importante y trascendental en estos tiempos. Y hay que ser conscientes de nuestras limitaciones. Hay que empezar poco a poco, pero sin desfallecer, con perseverancia. Sin que nos desaliente el no ver «grandes resultados». Pasando de los círculos a los centros de estudio, conscientes siempre de la importancia del estudio.

El desánimo, por tanto, no puede encontrar lugar entre nosotros. Para ello hay que ser realistas y ver que, a corto plazo, muy poco es posible. Sobre todo muy poco es posible de conseguir que esté en nuestras manos. Si somos conscientes de esto no nos desanimaremos.

Volvamos otra vez a la historia. ¿Por qué el enemigo está hoy donde está?

Porque las minorías dirigentes fueron ganadas, poco a poco, por las ideas de la Ilustración; porque fueron convertidos a ellas (30). A partir de ahí, la difusión de esas ideas y la pretensión de establecer la sociedad conforme a ellas fue ganando terreno y verificándose la progresiva aceptación de esas ideas, primero aceptándose las palabras y tras ellas los nuevos conceptos que encerraban. Y ese avance lo consiguió con la «legalidad» de su parte, con oposición, desde luego, pero sin que la revolución misma formalmente constituyera una sublevación. Es decir, la revolución, el enemigo ha llegado a la situación actual debido a la fuerza de las ideas, de unas falsas ideas que han ido minando la sociedad. Y si nos interrogamos acerca de cuánto ha tardado en

(30) Cfr. Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Guadarrama, Madrid, 1958; *La crise de la conscience européenne*, Gallimard, 1968 (hay traducción española, Pegaso, Madrid, 1941); Eugenio Vegas Latapie, *La causa...*

llegar a ocupar las posiciones actuales, veremos que ha tardado, cuanto menos, dos siglos largos. Poco si consideramos que nuestra Reconquista tardó ocho siglos. Por ello no hemos de desanimarnos. Al contrario, ha de servirnos de estímulo si queremos parecerarnos a quienes, durante ocho siglos, forjaron España.

Por consiguiente, si continuamos este camino que hemos emprendido, el de los círculos y centros de estudio, estamos en el buen camino. Será el punto de partida para una acción que merezca la pena; para una acción que puede dar frutos duraderos y que pueda triunfar, continuándose sin necesidad de que periódicamente haya que comenzar casi desde cero.

Casi para terminar, creo importante salir al paso de una objeción. Algunos, o muchos, piensan que eso del estudio no va con ellos. Piensan que los que han de estudiar son los demás, «los otros». Pero lo que nosotros no hagamos, tampoco lo harán los otros; lo que nosotros no estemos dispuestos a realizar tampoco lo harán los demás. Y no tendremos derecho a exigirles algo que nosotros rehusamos. Nuestra tarea es el servicio a una causa. Estamos aquí para servirla y no para servirnos de ella o para exigir a los demás que la sirvan, renunciando nosotros a ello. Y a la causa hay que servirla con toda nuestra fuerza. Y hemos de ser conscientes de que parte de ese servicio está constituido por el estudio. Aunque pueda resultar duro y se nos haga cuesta arriba. Y es algo que nos corresponde a todos. No de la misma manera, no respecto a las mismas cosas y con la misma intensidad, pero sí todos estamos obligados a estudiar, al menos, los principios fundamentales que constituyen nuestro ideal.

Es una postura egoísta, nada solidaria echar el estudio sobre las espaldas de los demás. Y es, además, y como vimos, una postura errónea y pernicioso. No basta con decir, y digo bien decir, que se combate por Dios o por España. Hay que hacerlo realmente. Hay que combatir de verdad por Dios y por España. Y ello significa hacerlo y no decirlo creyendo que se hace. Y la primera obligación del combatiente es saber cuáles son los fundamentos de nuestra fe y de nuestra patria y lo que esto exige.

## IMPORTANCIA Y NECESIDAD DEL ESTUDIO

De esta manera, pues, creo haber puesto de relieve la significación y la importancia del estudio. Pero ni que decir tiene que el estudio mismo tiene unas exigencias, si se quiere que sea mínimamente eficaz. El estudio no puede ser en tiempos perdidos; no se puede dedicar al estudio el tiempo que queda, si es que queda alguno, después de haber hecho todas las demás cosas. Tenemos que ser conscientes de que el estudio es una necesidad como lo es el dormir o el comer y hemos de considerarlo de esa manera. Y, por ello, concederle una atención regular, periódica y sostenida.

Así, pues, ¡adelante!, a continuar nuestra labor en los círculos y centros de estudio, realizando con ellos y en ellos una acción cultural a través de los círculos de estudio, procurando su expansión y su difusión, atrayendo a ellos a nuestros amigos, ayudándoles y convenciéndoles de que establezcan otros, conscientes de que esa es la acción más eficaz que está en nuestra mano realizar. Porque hay que ser conscientes, como escribía Maurras en 1904, de que «cuando no se tienen tropas que sublevar ni masas que dirigir, permanece la teoría como el mejor medio de actuación» (31).

¿Qué la Virgen María nos ayude y nos dé fuerza para esta tarea!

---

(31) Charles Maurras, «Mademoiselle Monk», en *Romantisme et Révolution*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1922, pág. 219.